

1. DEFINICIÓN Y SIGNIFICADO DEL HUMANISMO

El término Humanismo puede entenderse de dos maneras: de forma general o de manera precisa en relación con un período cronológico. En sentido lato, el término define la exaltación de las actividades espirituales del hombre, como su sentido de la dignidad, su gran valor, su capacidad creadora y la superioridad de su pensamiento en el mundo en que vive. Por tanto, puede considerarse humanista cualquier obra o acción que se refiera a las actividades del hombre en cualquier época y su interés por todo lo humano. En su sentido más preciso, que es el que se va a utilizar en este estudio, ha de entenderse por Humanismo una determinada actitud del hombre, que cronológicamente coincide con los siglos XIV y XV, consistente en actualizar la Antigüedad clásica. Esa actualización se realiza mediante el estudio de las “*humanae litterae*”. Las letras humanas clásicas, recuperadas en todo su valor en esa época, se sienten totalmente vivas y actuales, se consideran como ideal de vida y de sentimientos, y se proponen como modelos fundamentales para la educación del hombre.

En esas obras clásicas grecorromanas, anteriores a Cristo, se encuentran modelos ejemplares de hombres perfectos en armonía y dignidad. También su arte y pensamiento se consideraban tan completos que podían servir igualmente para conseguir un ideal, pues sus ejemplos han podido servir de guía en todas las épocas. En la Antigüedad, sin ataduras teológicas dogmáticas, y por tanto, cuando el hombre estaba educado fundamentalmente para su vida terrena, había conseguido éste, dentro de sus limitaciones, llegar a su perfección. Por ello es fácil comprender que esa perfección y dignidad que los clásicos (paganos) mostraban en sus escritos (en los que se incluye su sentido moral en la filosofía) coincidiese después plenamente con la dignidad del hombre aportada por el Cristianismo. La espiritualidad, heredada de la religión cristiana, se fundió con el Humanismo clásico y permitió, en la antesala del Renacimiento, forjar un nuevo sentido de la perfección humana. Para lograrlo se hizo necesaria una total renovación del individuo de manera que fuese capaz de ahondar en las esencias de los clásicos. Su medio de realizarlo no podía ser otro que el estudio y comprensión de los textos primitivos y para conseguirlo era obligado el estudio de las lenguas clásicas. Por ello se pone en vigor en el siglo XV su estudio, y los humanistas se acercan directamente a los textos (no a través de interpretaciones, antologías o citas) para no perder ninguna información de las obras más representativas. Es la primera vez que se muestra la importancia del texto base, el único que permite conocer su auténtico contenido, lo cual, además de manifestar el profundo interés por esas obras, permitió iniciar lo que después sería la Filología (edición, con fijación tex-

tual, estudio e interpretación de los textos). Por tanto, la vuelta a la Antigüedad y el estudio de las obras clásicas (en su auténtica realidad textual, no desvirtuada por traducciones, acumulaciones o sustracciones realizadas a lo largo del tiempo) es considerada como ideal para el presente. Un ideal que será más perfecto cuanto mejor se conozca la lengua de los textos, única herramienta capaz de desvelar la verdad.

Sin embargo, el Humanismo no fue un fenómeno que se presentó de manera repentina. Durante la Edad Media hubo numerosos intentos humanísticos, sobre todo desde que los Padres de la Iglesia (San Agustín, denominado el Platón cristiano, San Gregorio Magno, San Ambrosio y San Jerónimo, entre los pertenecientes a la iglesia latina, y San Atanasio, San Basilio, San Gregorio Nacianceno y San Juan Crisóstomo, entre los de la iglesia griega), en el extenso período desde el siglo III al VIII, fueron reconociendo el gran valor que contenían los textos clásicos. Los Padres de la Iglesia consideraron que la mayor utilidad de esos textos no era su conservación y conocimiento sino su utilidad práctica para enseñar en todas las épocas. Vieron en esos textos la posibilidad de edificar sobre ellos el pensamiento cristiano. De ese modo, los textos paganos no solo no se perdieron sino que apuntalaron las doctrinas cristianas, pues las ideas más importantes sobre el ser humano, su finalidad y la consideración de las relaciones humanas y del Cosmos coincidían plenamente. A modo de ejemplo puede recordarse la gran importancia de Alcuino de York (siglo VIII), consejero intelectual de Carlomagno y alma de la Escuela Palatina de Aquisgrán, por ser el primero que quiso introducir en el Cristianismo todas las riquezas del mundo antiguo y quien se refirió al gran patrimonio de la humanidad presente en la literatura y en el pensamiento de los clásicos.

A partir de Alcuino, las artes liberales (heredadas de la Antigüedad clásica para designar las artes de los hombres libres en oposición a los esclavos o sirvientes) se convirtieron en el modelo educativo, aunque desde el siglo V el escritor latino Martianus Capella las había enumerado tal como después se conocieron, y en la segunda mitad del siglo VI Casiodoro las convirtió en la primera enciclopedia cristiana y, a partir de él, se utilizaron en las escuelas monacales. Estas artes liberales constituían las siete vías por las que se podía acceder a todos los conocimientos. Consistían en el *Trivium* (triple vía por la que se adquiría el conocimiento de las humanidades: gramática, dialéctica y retórica) y el *Quadrivium* (las cuatro vías por las que se adquiría el conocimiento científico: geometría, aritmética, astronomía y música).

Tras imponerse el conocimiento de la lengua griega en los monasterios (desde el siglo XIV), además del latín culto, se hizo obligatorio el estudio de los clásicos por la perfección de sus obras, y así se actualizaron Horacio, Virgilio o Cicerón, entre otros. Sin embargo fue en el siglo XII, con el nacimiento de las Universidades, la creación del arte románico y la recuperación del Derecho romano, cuando se impusieron en los estudios el *Trivium* y *Quadrivium*, y se produjo el mayor entusiasmo por los clásicos, que desde entonces fueron muy imitados

(Virgilio, Ovidio, Lucano, Juvenal, Marcial, Salustio, Cicerón y Séneca), aunque fue sobre todo Virgilio el más admirado. El estudio de estos autores se introdujo en los planes docentes. El entusiasmo por conocer los textos fue muy grande e incluso algunos profesores y gramáticos de la época llegaron a considerar a la misma altura, por sus principios, los Evangelios y los versos de Horacio y Virgilio. Incluso se consideraban los sabios de la Antigüedad al mismo nivel que los santos de la religión cristiana por lo que las letras humanas no solo servían de conocimiento o de retórica, sino que sus textos se habían convertido, por la herencia cristiana, en un Humanismo profundo, capaz de alcanzar la espiritualidad más completa.

De esta manera, y gracias a esa tradición de siglos, el Humanismo de los siglos XIV y XV en Italia (Dante, Petrarca, Boccaccio, Bruní, Valla), no fue un resurgir repentino sino mucho más profundo, pues contaba con unos precedentes muy importantes. Todos reconocieron su deuda medieval pero al mismo tiempo afirmaron su novedad en cuanto fueron ellos quienes renovaron, con las letras clásicas, la vida y la sociedad de su época. Lo realmente innovador fue su nueva consciencia y su actitud distinta a la de sus modelos precedentes. En primer lugar, su novedad partió de su exigencia filológica, entendida como la búsqueda del texto idóneo, no contaminado con mutilaciones o añadidos, hecho que, sin embargo, no les había importado a los escritores medievales. En segundo lugar, porque todos los materiales, ya perfeccionados por la labor filológica, debían servir no solo para aprender sino como modelo para construir una nueva vida humana, una vida completa que ayudase a conseguir la felicidad del hombre destacando su espiritualidad y la naturalidad de todo cuanto proporcionaban los clásicos. De ese modo, los pensadores y escritores italianos del siglo XIV sintieron que los clásicos, lejos de ser modelos del pasado, se habían convertido en sus verdaderos contemporáneos.

Esta situación en Italia no era parecida en nada a la de España. Como demostró Luis Gil¹, en España en esa misma época solo había unos cuantos espíritus humanistas (Alonso de Cartagena, Fernán Pérez de Guzmán, el marqués de Santillana, Juan de Mena, Juan de Lucena), pues incluso la Universidad de Salamanca mantenía sus esquemas tradicionales medievales en el uso del latín (no se utilizaba el latín culto sino el jurídico-filosófico, propio de la Edad Media) y solo cambió su utilización culta con Nebrija. La razón de esa ruptura española con el legado de la Antigüedad, cuya exaltación se había producido en Europa desde el siglo XII, desde el llamado Renacimiento carolingio (cuyo modelo fue Alcuino de York), hay que buscarla en el aislamiento producido por la invasión árabe. A pesar de la presencia de algunos humanistas italianos en España como Nicolás Antonio (1465), Pomponio Mantuano (1473) y Lucio Marineo Sículo

¹ Luis Gil Fernández, *Panorama social del Humanismo español (1500-1800)*, Madrid, Tecnos, 1981, pp. 45-46.

lo (1503), el ambiente español del XV y de los primeros años del XVI seguía envuelto en la bruma medieval.

Otra aportación importante del Humanismo italiano fue la consideración de la cultura como distintivo de prestigio social. Tras siglos de reclusión, los hombres cultos (pensadores, artistas, científicos) ya no estaban en los monasterios; formaban un grupo social elitista, una nueva aristocracia basada en la capacidad personal y en el esfuerzo individual, que contó con ayuda de mecenas para desempeñar su trabajo. Esto otorgó al hombre una gran seguridad que le facultó para acometer las empresas más difíciles y favoreció el culto a la personalidad, que en arte se tradujo en la importancia que adquirió desde entonces la pintura de retratos y que llenó el Renacimiento. El artista, por vez primera, trató de reflejar en el lienzo la personalidad y el carácter del retratado, porque entendía que lo más valioso era su singularidad y el rostro era lo que mejor lo expresaba. En ocasiones también el modelo se mostraba rodeado de símbolos o emblemas que revelaban, de forma hermética o explícita, la profesión, cultura o gustos del retratado. Nobles, artistas, artesanos y gentes anónimas de todas las edades fueron immortalizados por los grandes creadores (Botticelli, Ghirlandaio, Rafael, Leonardo, Andrea del Castagno, Ucello, Piero di Cosimo, Filippo Lippi, Mantegna, Jan Van Eyck, Memling, A. de Messina, Tiziano). Incluso se hicieron muy habituales los autorretratos (Leon Battista Alberti, Botticelli, Durero, Parmigiano, Rafael), hecho que ha permitido reconstruir las historias humanas de muchos artistas.

Puede afirmarse que el inicio de la modernidad vino determinado por el descubrimiento de los textos antiguos como textos actuales y vivos, que encerraban una enseñanza para la vida del hombre y en los que buscaban su deseo de conseguir armonía y perfección. En ellos estaba plasmado un pensamiento que dignificaba al hombre, que le devolvía su orgullo de existir y que afirmaba su trascendencia sin temores. La Antigüedad clásica fue el fundamento del pensamiento moderno que, de manera total, se impuso en el Renacimiento cuando las circunstancias permitieron ahondar en las ideas formuladas por los clásicos y apuntaladas por el pensamiento cristiano.

1.1. Paganismo y cristianismo: primera síntesis cultural

Hay que recordar que los Padres de la Iglesia eran buenos conocedores del latín y del griego. Tenían que saber perfectamente el griego puesto que el Nuevo Testamento y los libros cristianos estaban escritos en griego (siglo I). Sin embargo, no era lo normal conocer esta lengua, por lo que el acceso a estos libros era minoritario y solo ellos tenían la clave. Por lo tanto, sus comentarios no se difundieron más que en pequeños círculos culturales. Para el profesor Ynduráin² esa

² Domingo Ynduráin, *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 13-37.

sería la explicación de que el cristianismo se tiñese de platonismo, si es que no venía ya contaminado, y de que la nueva doctrina confluyese con la antigua. A la hora de explicar y justificar el cristianismo utilizaron los mismos instrumentos que los paganos. Educados en el *Trivium* y *Quadrivium*, los Padres de la Iglesia se valieron de la dialéctica y retórica de sus detractores para defender la doctrina cristiana y se apoyaron en las letras clásicas para integrarlas en su sistema (además de admirarlas). Incluso encontraron en algunos autores paganos no solo normas coincidentes de conducta, sino auténticas profecías acerca de la llegada del Mesías, como las contenidas en el Antiguo Testamento. Un ejemplo muy significativo se encontraba en la *Égloga IV* de Virgilio, en la que se celebraba el nacimiento de un niño profetizado por la Sibila de Cumas que, aunque muy bien pudiera referirse a la llegada de un emperador pacificador en Roma, se consideró un vaticinio de Jesús:

¡Elevemos un poco nuestro canto, musas sicilianas! [...] llegada es ya la postrera edad del cumeo vaticinio. Nace el gran orden de unos siglos nuevos. Ya retorna la Virgen y retorna el reino de Saturno, ya del alto cielo nos es enviada una nueva progenie. Favorece tú, casta Lucina, al niño que ahora nace, por quien primeramente cesará una gente de hierro y una gente de oro surgirá por todo el mundo; ya el Apolo tuyo señoreará.

Tanta importancia se dio a esta profecía cristiana que el propio Dante utilizó a su autor, Virgilio, como protagonista de la *Divina Comedia*. Por su parte, las profecías de las sibilas en las letras paganas se entendieron como anuncios del Mesías, de manera que Gil Vicente llegó a escribir un auto sobre *La sibila Casandra*, referido a la Navidad. Sin embargo, no todo en el camino de admisión de las letras paganas fue positivo. Hubo apoyos y discrepancias hasta conseguir la asimilación e identificación de los textos paganos con los cristianos. Lo importante de esta trayectoria de defensa se puede ver en la consideración importante de los vaticinios paganos que se situaron al mismo nivel que las profecías veterotestamentarias. Se llegó incluso a un sincretismo religioso en el que se borraron las fronteras entre las religiones y se relativizaron los dogmas en favor de una religión más natural, puesto que se consideraban verdades universales muchas de las contenidas en los textos clásicos, tanto en su filosofía como en su poesía (mitos), y autores como Sócrates o Platón se convirtieron en ejemplares. Este proceso de lo que podría considerarse panteísmo sentimental, más o menos consciente, se desarrolló durante toda la Edad Media y, en el siglo XIV, las especiales y prósperas circunstancias de Italia favorecieron la pretendida síntesis del paganismo y el cristianismo.

1.1.2. Ediciones y traducciones de textos antiguos

Una de las consecuencias esenciales para la eclosión de la cultura del Renacimiento, que se inició en el Humanismo, fue la creación de importantes

colecciones de libros y de obras de arte. Las bibliotecas y los museos se llenaron de restos antiguos y manuscritos; los artistas realizaron reproducciones de medallones, camafeos, adornos e incluso decoraciones de palacios antiguos, conservadas entre sus ruinas, sirvieron para proyectar otros modelos nuevos. Los símbolos se multiplicaron (laberintos, quimeras, arte infernal etrusco) y con ellos se trató de fomentar una tradición misteriosa que permitía interpretar el pasado de forma trascendente. Entre los restos encontrados, el busto de Platón descubierto en las ruinas de la Academia florentina, se convirtió en símbolo de perfección ética y estética. Las noticias que habían llegado por los escritores antiguos le habían convertido en un ser ideal, en maestro de lo divino. “El gran Platón” aparecía ante los humanistas como médico mágico, profeta de la Trinidad, padre de la metafísica, y maestro de lo divino. Rafael utilizó su iconografía para modelo de los eruditos; Dante le consideró como el perfecto anciano, y Leonardo aprovechó su imagen para representar el tipo de sabio absoluto. Su vida y su pensamiento se actualizaron en la corte de los Medici y con él se recuperó toda la tradición órfica, fundamental para la literatura y el arte.

Al igual que las piezas arqueológicas, los textos antiguos despertaron gran interés. Las versiones íntegras en latín de Platón y de Plotino, realizadas por Ficino (en 1484 y 1492), no solo permitieron la exhumación del neoplatonismo sino la superación del pensamiento escolástico vigente. Virgilio, Ovidio, Homero, Plinio, Hesíodo, Lucrecio, Aristóteles fueron comentados, adaptados y utilizados como modelos poéticos algunos de ellos. Asimismo, y para justificar su admiración por el paganismo, Ficino y los integrantes de la Academia se apoyaron en los Padres de la Iglesia quienes, desde el siglo IV, habían intentado unir el pensamiento pagano con el cristiano. Igualmente se sintieron atraídos por los *Jeroglíficos*, encontrados en 1419, y publicados en la imprenta de Aldo Manuzio (1505), base de los *Emblemas* de Alciato (1531). También mostraron entusiasmo por los textos órficos, herméticos y esotéricos. Trataban de hallar en ellos correspondencias entre la Biblia, la física y la historia universal, de modo que se justificase una revelación inicial que, por ignorancia, había permanecido oculta. Las grandes fábulas de la Antigüedad se quisieron interpretar como el testimonio primordial de la humanidad que, al estar escritas en forma alegórica, no podían descifrarse fácilmente. El resultado de estas interpretaciones no podía ser más que poético y artístico, y así se multiplicaron las formas artísticas y simbólicas.

El Hermetismo contribuyó a exaltar la divinidad del hombre; el orfismo permitió establecer una rica simbología donde lo fabuloso, los sueños, visiones y las alegorías trataban de explicar el secreto de la humanidad. Se buceó en las etimologías de los nombres y en su valor estético para tratar de llegar a la palabra primera creada por Dios de la que el Evangelio de San Juan daba noticia (“en el principio era el verbo”).

Para el grupo de Florencia, *La Divina comedia* de Dante resultaba el modelo más perfecto donde la estructura, semejante a la arquitectura del Universo, el valor simbólico de los colores, el sentido alegórico y la existencia de fuerzas

encontradas (amor y terror), representaban la síntesis de la poesía y la cultura, con Beatriz y Virgilio como modelos. Se multiplicaron las ediciones ilustradas de la obra de Dante. Botticelli pintó e ilustró un pergamino para un noble italiano; Leonardo se inspiró en el texto para realizar sus dibujos fantásticos sobre el fin del mundo; Rafael utilizó el Paraíso para pintar las esferas celestes de la cúpula en honor de Agostino Chigi, y Miguel Ángel se convirtió en un verdadero experto en Dante³.

En España este sistema estético influyó tardíamente y fue en el Barroco cuando se manifestó en su totalidad. Con la Contrarreforma el artista tuvo que involucrarse en el pensamiento cristiano y halló en esas analogías paganas la fuente más importante para sus creaciones. Descubrieron que las verdades cristianas ya estaban presentes en las creaciones paganas. Las fábulas míticas, que desde hacía tiempo ocupaban un lugar destacado en la cultura, pasaron a interpretarse con los humanistas (Boccaccio) como sueños o visiones aptas para representar la realidad de la experiencia.

2. ESTÉTICA DEL PENSAMIENTO NEOPLATÓNICO Y ÉTICA DEL CRISTIANISMO

Difícilmente se podría entender la fuerza que adquirió el ser humano a partir del Humanismo si solo se viera el pensamiento neoplatónico en su constitución. En realidad, tampoco puede hablarse de auténtica filosofía neoplatónica sino de una estética que surge a partir de la evolución del neoplatonismo y que cobra fuerza a medida que es capaz de construir todo un sistema que estará vigente durante varios siglos. La confianza y capacidad del ser humano que conoce la cultura occidental desde del Humanismo no hubiera tenido tanta fuerza si no estuviese apoyada también por el Cristianismo y su consideración de la dignidad del hombre. Precisamente la coincidencia de las teorías paganas y cristianas en este tema permitió acentuar la valoración del ser humano.

2.1. La modernidad de la Escuela de Florencia

En el siglo XV, en la corte de Florencia bajo Cosme de Medici, se produjo una verdadera revolución que rompió definitivamente con los principios de la Edad Media para introducir la modernidad. La creación de la Academia, institución

³ Ver André Chastel, *Arte y Humanismo en Florencia en la época de Lorenzo el Magnífico*, Madrid, Cátedra, 1991, pp. 138-145.